

Gran Almacén de Mantas

—DE—

DON MARTÍN ALONSO

Val de S. Lorenzo

(LEÓN)

En este acreditado Almacén, hallará el consumidor un gran surtido de mantas de todas las clases y dibujos que aquí se fabrican, entremantas, cobertores (barrendos) á precios económicos.

APUNTES BIOGRÁFICOS

DE

Don José Cordero Geijo,

FUNDADOR
DE LA FÁBRICA DE MANTAS

DE
EL VAL DE S. LORENZO,

POR

DON EUSEBIO DIEZ GARCÍA,

MAESTRO SUPERIOR, Y POR OPOSICIÓN, DE LA ESCUELA PÚBLICA DE NIÑOS DEL MISMO



ASTORGA:

EST. TIP. Y LIB. DE N. FIDALGO,
Seminario, 3.

—
1900.

APUNTES BIOGRÁFICOS

DE

Don José Cordero Geijo,

FUNDADOR

DE LA FÁBRICA DE MANTAS

DE

EL VAL DE S. LORENZO,

POR

DON EUSEBIO DIEZ GARCÍA,

MAESTRO SUPERIOR. Y POR OPOSICIÓN, DE LA ES-

CUELA PÚBLICA DE NIÑOS DEL MISMO



ASTORGA:

EST. TIP. Y LIB. DE N. FIDALGO,
Seminario. 3.

—
1900.

PROLOGO



Con el fin de dar á conocer la Fábrica de Mantas de el Val de San Lorenzo, ignorada en muchos puntos de España, puesto que sus productos sólo, hasta el día, se conocen con el nombre de «mantas de Palencia»; para honrar la memoria del fundador, complacer á algunos amigos que con insistencia me lo han suplicado, y, por último, para que sirva de guía á los compradores, me he decidido á escribir, «al correr de la pluma», estos, que denomino, «Apuntes biográficos de D. José Cordero Geijo, fundador de la Fábrica de Mantas de el Val de San Lorenzo».

Si logro los fines indicados, quedaré enteramente satisfecho, por haber contribuido de algún modo al mejoramiento de este laborioso pueblo.

Eusebia Díez García.

DEDICATORIA

Al Sr. D. Martin Alonso Geijo.

A ninguno mejor que á vos, amigo del alma, que sustentáis con tanta fé y entusiasmo las grandes ideas redentoras de la instrucción, progreso y caridad, pudiera yo dedicar este humildísimo trabajo. Aceptadlo en prueba del acendrado cariño que os profesa,

EL AUTOR.



Capítulo primero.

I

Posición topográfica y límites astronómicos del Val de San Lorenzo.— Vías que lo ponen en comunicación con las capitales de partido y provincia.— Su importancia.

Está situado el Val de San Lorenzo en un ameno valle, regado por un arroyo con pretensiones de río, que, naciendo en las montañas de Foncebadón, y después de un curso de Este á Oeste de 34 kilómetros próximamente, desagua en

el Tuerto, siendo uno de sus principales tributarios de la derecha.

Por su posición astronómica, se halla colocado entre los 42 y 43 grados de latitud Norte; y los 2.º y 3.º de longitud occidental del Meridiano de Madrid.

Comunícase con Astorga, capital del partido, por un buen camino vecinal; pero, en brevísimo plazo, contará con una carretera, hoy en construcción, que, aunque pasa á un kilómetro de distancia, se utilizará por medio de un pequeño ramal, que unirá éste punto con el inmediato pueblecito de Morales, por donde pasa la citada vía.

Dista de Astorga cinco kilómetros y medio y 37 de León, que es la capital de la provincia.

Si se hace excepción de Astorga,

es el Val de San Lorenzo la población más importante de maragatería, ya por su vecindario, ya también por su industria, siendo ésta el elemento principal de vida de este pueblo. Debido á la proximidad de los pueblos que le circundan que son Morales, Santiago Millas, Valdespino, Val de San Román y Astorga, distantes sobre poco más ó menos 1, 3, 2, y 1½ kilómetros respectivamente, la pequeña extensión de su territorio, no guarda proporción con el número de sus vecinos por lo cual, aunque el terreno de los valles es bastante feraz, agrícolamente considerado, es el Val de San Lorenzo de escasa significación.

II

Apuntes biográficos del fundador hasta su ida á Palencia en el año de 1858.

Nació, don José Cordero Geijo, en el pueblecillo de Maíde, provincia de Zamora y partido judicial de Alcañices, el día 13 de Octubre de 1820. Fueron sus padres los modestos cuanto pundonorosos cardadores, D. Manuel Cordero Jarrin y doña Teresa Geijo Santiago, naturales de el Val de San Lorenzo, en dónde realizaron su enlace nupcial. Su crítica situación, por la circunstancia de no hallar en la honradalid del trabajo, único recurso con que contaban en su pueblo natal lo indispensable para la vida, los de-

terminó, llenos de amargura á abandonar el suelo que los vió nacer y en dónde dejaban sus más profundas y delicadas afecciones.

Sin rumbo fijo, con el horizonte del porvenir lleno de negruras y el corazón de pesares, penetraron en la provincia de Zamora; y, después de mil rodeos y tentativas de domicilio, llegaron al ya descripto lugarcito de Maíde en donde fijaron su residencia, para no dejarla jamás, puesto que allí permanecieron el resto de su laboriosa vida y descansan sus venerables cenizas. Pero la veleidosa fortuna, no en todo quiso mostrárseles ingrata, y por eso dotó á ésta valerosa pareja, que tan rudo combate había sostenido y estaba sosteniendo por la existencia, una numerosa y escogida prole, entre la

cual, escusado es decir, que se encuentra mi biografiado.

El vecino del Val, don José Navedo, padrino en el solemne acto del Bautismo del Sr. Cordero Geijo, mostró grandes deseos de tener al ahijado en su compañía, y, previa la venia de sus padres, consiguió tenerle á su lado desde la edad de siete años hasta la de diez y nueve ó sea desde el año 27 al 39, teniendo que deplorar en este último año el fallecimiento de su padrino, el señor Navedo. Tan triste acontecimiento para el Sr. Cordero, le colocó en situación bastante crítica, obligándole á regresar á Maíde, en donde permaneció hasta el año 42 en que volvió al Val de San Lorenzo y en cuyo año, contrajo matrimonio con doña Rosenda Martínez

Alonso, resultando de este matrimonio dos hijos, uno fallecido en la infancia y el otro que es hoy el afamado fabricante de mantas don Manuel Cordero Martínez.

La única industria con que entonces contaba el Val, era la en aquella época ya decadente elaboración de paños burdos, y á esta ocupación se dedicaron de lleno los nuevos consortes. Más, como la crisis pañera se acentuase caminando á pasos agigantados, y llegando á su apogeo en los años 57 y 58, la vida de estos modestos industriales se hacía imposible, y, por eso, pensaron en tomar nuevos rumbos, empezando un desfile que diezmó este pueblo. Y como nuestro héroe se encuentra entre los emigrantes y va á entrar en el periodo álgido

de su histórica vida, á este periodo merece le consagremos párrafo aparte.

III

Descripción del viaje del Sr. Cordero á Palencia.—Dificultades que tuvo que vencer para el conocimiento de la elaboración de las mantas.—Cómo adquirió algunos utensilios de fabricación.—Su regreso al Val.

Corría el mes de Febrero del año 1858; el malestar se generalizaba entre los fabricantes de paños burdos; la venta era nula; el único almacenista, D. Pedro Alonso, tenía el depósito lleno hasta el techo é invertido su capital; la tétrica figura de la miseria, se dibujaba con negros colores en algunos hogares; y, el horizonte cubierto de densísi-

mas nieblas, no dejaba pasar ninguna esperanza de alivio. ¡Terrible y desconsolador cuadro!!

Ante situación tan difícil, creyó el Sr. Cordero, que despejaría la incógnita de tan intrincado problema, si conseguía sustituir la industria de paños burdos con otra similar y de más seguro porvenir. Madurada la idea, y aprobada en consejo de familia, quedó fijada la fecha del 24 de Febrero para su viaje á Palencia, en donde se proponía estudiar la confección de las mantas de tanta fama, que llevaban el nombre de la capital Castellana en donde se elaboraban y que aún hoy llaman equivocadamente á muchas de las que aquí se fabrican.

Llegada la fecha de partida; con un día glacial y una blanquísima

sábana que cubría hasta los valles; con el equipaje al hombro, salió el señor Cordero, sin que nada le arredrase, en dirección á Palencia, acompañado de su hijo Manuel, que á la sazón contaba trece años. No es posible que mi pluma describa con aproximación á la exactitud, las penalidades y sufrimientos que padre é hijo tuvieron que padecer en esta jornada á pié, de tres crueles dias; y, por tanto, lo dejo á la contemplación del benévolo lector. El 27 llegaron al límite del penoso viaje, y el 28 entraron á trabajar en la Fábrica de D. Damián Cuadrado, situada en «El Corral de Paredes» del barrio de «La Puebla» (Palencia). Esta fábrica no era en verdad la más apropósito para los fines que nuestro simpático conve-

cino perseguía; puesto que no todas las operaciones de confección se practicaban en un mismo local, como aquí generalmente sucede, sino en departamentos independientes, aunque dentro de un mismo edificio. No habría en esto dificultad, si no fuera que el Sr Cuadrado prohibía con severidad á sus dependientes la entrada en los obradores en donde no trabajaban, temiendo sin duda, y, si así era, no se equivocaba, que alguno de sus sirvientes, pudiera, conociendo todas las operaciones de fábrica, perjudicar su industria algún día. Sin embargo, todas estas dificultades para otros iusuperables, se estrellaron contra la tenacidad y paciencia sin límites del Sr. Cordero, que perseguía un fin, y para su conse-

cución no reparaba en gastar todos los medios lícitos. Así es, que, aprovechando las simpatías que se había granjeado con los tejedores y con la aquiescencia del dueño de la Fábrica, que había conseguido á fuerza de súplicas, penetraba en el taller de tejidos; examinaba cautelosamente los telares, los dibujos de las mantas, la forma y posición de las letras y cuanto entraba en esta operación. Por una microscópica abertura que tenía la puerta del local de la percha, observaba con gran sigilo, desde el puesto de su trabajo, cómo los perchaires sacaban el pelo é instrumentos de que se valían. Pero, si estas dependencias colocadas en el mismo piso que el taller de cardadores, en donde trabajaba el Sr. Cordero, po-

dían, aunque con las dificultades é inconvenientes apuntados, ser revisadas por él, no sucedía así con el departamento destinado al urdidero, situado en el segundo piso de la Fábrica, y, al cual, para mayor mortificación de nuestro modesto cardador, se ascendía por una escalera que partía del obrador donde éste trabajaba, y por la que ascendía y descendía majestuosamente el honradote Sr. Damián á practicar las operaciones de urdimbre, que á nadie confiaba, guardándose la llave de la puerta del local con más cuidado, que si se tratara de una caja de caudales. Mas, un día, cuando el Sr. Cuadrado urdía con más ahinco, un acontecimiento de importancia é inesperado, reclamó su presencia en su domicilio y aban-

donó precipitadamente la Fábrica, sin acordarse de llevar consigo aquella reluciente llave por el uso del bolsillo. La ocasión parecía tentadora para el desarrollo de los planes de nuestro biografiado; pero entonces se entabla aquella terrible lucha entre el ferviente deseo y el sagrado deber, y, como los momentos eran solemnes, la batalla tenía que decidirse enseguida, y se decidió en favor del segundo de los contendientes. (1) Merece elogios la conducta del Sr. Cordero por haber vencido esta tentación. Si hubiera caído en ella, aun cuando no fuere

(1) Cumpló con la voluntad del Fundador, consignando en la forma que se hace, hasta sus pensamientos; pues ni éstos ni sus actos los considera depresivos para su honor. Téngase muy en cuenta la situación del señor Cordero.

sorprendido, habría faltado á la consideración que merecía su amo, quien en muchas ocasiones le había demostrado con distinción su cariño. Por otros medios más levantados y nobles, pudo averiguar las dimensiones del urdidero, los hilos que se empleaban en la urdimbre y todo lo demás que con este aparato se relacionaba.

Avanzaba el mes de Mayo, y el Sr. Cordero se disponía á regresar al Val, y así se lo hizo saber al señor Cuadrado; más antes, necesitaba hacerse con algunos palmares, para los ensayos en la Fábrica que él pensaba fundar, y, con el pretexto (1) de que eran para sacar el *pelo* á las mantillas que usaban las

(1) La benevolencia del lector pondrá el calificativo a esta palabra.

mujeres de su pueblo, hizo la petición al repetido señor Cuadrado, quien en el acto y muy gustoso aceptó. Pero el aforismo vulgar que dice: «No hay peor cuña que la de la misma madera», tiene aquí perfecta aplicación, puesto que un individuo de esta localidad, que trabajaba en la Fábrica del Sr. Cuadrado, informó á éste, que no era la suma necesidad la que había llevado á Palencia al Sr. Cordero su paisano, sinó el deseo de aprender la fabricación, con el fin de fundar una fábrica en el Val de San Lorenzo. Cuando al día siguiente al de la petición, se presentó nuestro paisano á recoger los palmares ofrecidos, se le contestó con una rotunda y contundente negativa. Tal contrariedad, no desanimó á nuestro

cardador, y, sin perder momento, se presentó al maestro palmarero, quien le vendió á buen precio dos docenas de ejemplares que el señor Cordero retiró en el acto, como joya de gran valor, temiendo llegara una orden prohibitiva, como una hora después sucedió.

Al siguiente día, cuando la aurora empezaba á enviar sus primeros resplandores, cargando sobre sus espaldas aquel voluminoso equipo, salió de Palencia, acompañado de su hijo Manuel, llegando feliz y alegremente al Val, en los últimos días del mes de Mayo del año predicho 1858.





Capítulo segundo.

I

Fundación de la Fábrica de mantas de el Val de San Lorenzo.—Sus primeros productos.

Sin apenas descansar de las fatigas originadas por el asíduo trabajo de tres meses y el penoso viaje de regreso, empezó el señor Cordero á poner por obra sus proyectos. No solamente debía fustigar el amor propio de este señor el deseo de lucro, sinó el de vindicar su proceder, cuando algunos creían y pú-

blicamente manifestaban, que sus intentos eran una verdadera demencia. Pero el que había ganado ya batallas, aunque de menor cuantía, también esperaba ganar esta y sin desmayos ni vacilaciones, puso manos á la obra. Se asoció á sus convecinos los señores José Bajo y Francisco Martínez Alonso, á quienes dió una idea detallada de lo que había visto en Palencia relativo al asunto que ventilaban; y, con estas pequeñas nociones, dieron principio á la construcción de los artefactos necesarios. Terminados los preparativos empezaron la fabricación de las seis primeras mantas, quedando terminadas para el día que aquí se celebraba la función ó fiesta del Corpus Christi, y expuestas al público, desfilaron ante ellas el pue-

blo en masa y todos los forasteros celebrando el acontecimiento con grandes muestras de alegría. Aunque escusado parece decir, que la fabricación dejaba bastante que desear, como producto que era del primer ensayo, demostrábase claramente que la Fábrica de mantas del Val de San Lorenzo estaba asegurada, puesto que, los defectos notados, eran de escasa significación y debidos á algunas imperfecciones notadas en los utensilios de elaboración.

El triunfo del señor Cordero le valió el parabién entusiasta y sincero de aquellos que habían visto en él una esperanza, y la enhorabuena disimulada de aquellos otros que, vencidos en su orgullo, habían publicado á los cuatro vientos, que

el fundador era un ente semialienado. Fiel, aunque diminutivo retrato de lo que le ocurrió al gran Colón con los *sabios* de la célebre conferencia de Salamanca, cuando después de haber oído al exímio marino, desechan, entre burlas mal encubiertas, su proyecto como descabellado y absurdo. ¡¡Á cuántas reflexiones, amado lector, no se presta este pasaje, y, con cuánta fruición mi tosca peñola las iría aquí anotando, para escarmiento de algunos cerebros endémicos, que tienen la tendencia á negar el *posse* de lo que no alcanzan á entender, si los reducidos límites en que tengo que desarrollar este humildísimo y mal hilvanado trabajo, me lo permitieran...!! Pero... sacrifiquemos el deseo y pasemos adelante. Corre-

gidos con escrupuloso cuidado los defectos notados en los artefactos de fabricación, proceden al segundo ensayo con una *pilada* (1) y el resultado fué bastante satisfactorio, empezando desde aquel momento á funcionar la Fábrica con toda regularidad.

II

Continuación de los «Apuntes biográficos del Sr. Cordero» y de la reseña histórica de la Fábrica, hasta el corriente año de 1900.

Como el cardón de los palmares que el Sr. Cordero había traído de Palencia, se gastase en los ensayos de que queda hecho mérito, necesi-

(1) Se dá el nombre de pilada á un número indeterminado de mantas que entran cada vez en la pila del pisón para ser abatanadas.

taba para continuar su obra, proveerse de otro nuevo y en mayor cantidad. Innecesario me parece decir que no había para ello que pensar en Palencia, por las razones que no se ocultarán al lector; pero á fuerza de rodeos é indagaciones, pudo averiguar que existía una fábrica similar en Valladolid en donde se empleaba el codiciado cardón, y, sin reparar en sacrificios, allá se fué en compañía de uno de sus socios, logrando ver coronados por el éxito sus fervientes deseos.

Otro problema y de difícil solución se presentaba con la cuestión de los colores. Es cierto que existía ya aquí un tinte y el problema á primera vista estaba resuelto; pero había que buscar la economía para hacer frente á la competencia;

para lo cual lo más acertado y seguro era teñir dentro de la Fábrica las lanas necesarias. Se puso por obra el pensamiento; se trajo á fuerza de sacrificios una persona inteligente en el arte, y... haré gracia al lector omitiendo el relato de hechos que tuvieron lugar y que tampoco calificaré.

Por fin, el tiempo, el dinero y la constancia del Fundador, triunfaron, consiguiendo el objeto que se proponía.

Como todo nuevo industrial, tropezaba el Sr. Cordero también con la falta de conocimientos en el mercado, y tuvo que concretarse al principio á despachar los encargos que le hacían sus convecinos. Pero, como el resultado era bueno, la Fábrica fué abriéndose paso, y

al cabo de medio año, no podía ya este señor cumplir con los encargos que se le confiaban; transcurriendo en esta forma más de dos años, en los cuales gana fama de buen fabricante y dinero en abundancia.

Al terminar este período, aumenta de un modo considerable la fabricación; pero bajo nuevos poseedores, y desde este momento puede considerarse desligada totalmente la vida del Fundador y el progreso de aquella Fábrica, que con tanta fé y entusiasmo había fundamentado. Por eso diré para terminar su biografía, que su esposa D.^a Rosenda Martínez Alonso, con quien, como queda consignado, estuvo casado en primeras nupcias, físicamente impedida por espacio de muchos

años, falleció siendo aún bastante joven, sucediendo lo propio con su segunda señora. En la actualidad, se halla casado con D.^a Lucía Cepeda Centeno, con quien comparte las fatigas de la decrepitud.

Es verdaderamente sensible, que la posición de este venerable octogenario no sea tan desahogada que le permita pasar la senectud en un tranquilo descanso. Hoy, con sus ochenta años encima, se le vé con admiración, continuamente trabajando y velando como en sus mejores días, sin que la tempestad de la ira se cierna por un momento sobre el campo de aquella paciencia privilegiada. Y... ¿cómo, se preguntará el lector, un hombre de tan avanzada edad, dedicada al trabajo asídúo; tan honrado, tan mo-

desto en su trato y de tan grandes iniciativas, no se encuentra hoy en posición de hacer frente á todas sus necesidades, prescindiendo del trabajo cotidiano? Pues bien, no quiero dejar incontestada esta pregunta, porque el silencio en el presente caso, podría poner en tela de duda la vida verdaderamente ejemplar de este respetable anciano. Las enfermedades y desgracias de familia caro lector, sí las enfermedades y desgracias de familia, han sido la causa de su infortunio.

De desear sería que los que hoy viven de la industria por él fundada, aliviaran su ancianidad; pero si esto no sucede, sírvale de consuelo que la posteridad inmortalizará su memoria, y que el Cielo premiará sus muchas virtudes.

Y volvamos ahora sobre nuestra interrumpida reseña histórica de la Fábrica. Pasando ésta, como queda manifestado, á nuevos poseedores, comenzaron á dar á conocer sus productos en Galicia, valiéndose, ya de los Maragatos que entonces recorrían aquel país con sus recuas; ya también de los *cunqueros* como aquí se les llama á unos modestos y honrados comerciantes, oriundos del occidente de Asturias, que venían á Castilla á vender unas vasijas de madera conocidas bajo la denominación de *cuencas* ó *morteros*. Dieron igualmente á conocer las mantas del Val en Madrid y otros puntos de la Península, en Montevideo y Buenos-Aires, los ilustres hijos de este pueblo don Francisco y D. José de la Puente,

quienes, habiendo nacido de tan humilde cuanto honorable cuna, su precoz y clara inteligencia y las virtudes cívicas de que estaban adornados, los conquistaron una posición ventajosa, reservándolos la sociedad culta un puesto de preferencia. El Val agradecido, honró su memoria el día 23 de Septiembre del año corriente, inaugurando una plaza que lleva sus nombres; realizando el acto con la solemnidad y pompa propias de las poblaciones de gran significación.

Bajo tales auspicios, ha adquirido la Fábrica en estos últimos años un desarrollo muy notable, á pesar del que, no es posible servir todos los pedidos, aún cuando se fabrican semanalmente muchos miles de mantas. Ya no solamente las con-

sumen las provincias gallegas, la de Asturias y las castellanas, sinó la mayoría de las de España y Portugal. Prueba la bondad de estos productos el hecho de ser premiados dos ejemplares presentados en la Exposición de Lugo últimamente celebrada, con Diploma de honor y medalla de bronce, y con dos medallas de plata en la Exposición Universal de París del presente año 1900.

III

Conclusión — Esperanzas.

Queda consignado el gran desarrollo fabril que aquí ha alcanzado la industria que nos ocupa en estos últimos tiempos; ahora fáltanos averiguar si al trabajo empleado

corresponde el beneficio obtenido. Creo yo, aunque desearía equivocarme, que tantos esfuerzos no son remunerados ni aún medianamente. Y ¿cuál es la causa? Pues muy sencillo... La falta de unión es la causa primordial y hasta se puede asegurar que la única de tan lamentable mal. Apenas el ánimo, llenando el corazón de amargura al tener que confesar que tantas vigili-
as, tantos esfuerzos aislados, no reciben la recompensa merecida porque los industriales no llegan á entenderse. Se hace la compra de lanas sin evitar la competencia, que en muchos casos, sinó en todos, podía evitarse. Se realiza la venta en idénticas condiciones que la compra, redundando una y otra en perjuicio de los fabricantes, que, á

mansalva unas veces, y otras sin darse cuenta, se destruyen entre sí. ¿Por qué no se remedia este mal que todos lamentamos? ¿A quién interesa más, cortar de raíz este daño, que á los mismos competidores? ¡Reflexiónese con madurez sobre este importantísimo punto, si de veras se quiere salvar la Fábrica de una crisis inevitable en no muy lejano plazo! En la asociación buscada de buena fé, está el remedio. Sintiendo instintivamente esta necesidad, se han provocado, en algunos momentos difíciles, reuniones que algunas veces han puesto remedio al desbarajuste observado en las ventas; pero luego empieza la deserción y la enfermedad se reproduce.

En los primeros dias del año

que está al finar se nombró una comisión con el patriótico fin de estudiar las bases para la formación de una Sociedad anónima, que, sin perder de vista un momento el trabajo y el capital, diera á cada uno de estos factores lo que le correspondiese, uniformando las compraventas con lo cual se habría despedido la incógnita. Ni mis compañeros de Comisión ni yo nos hicimos ilusiones sobre el resultado de nuestros trabajos, apreciando con rara unanimidad el resultado final. No obstante, se estudiaron las bases animados todos del mejor deseo de acierto; se presentaron en una reunión general de industriales, y los presentimientos, desgraciadamente se cumplieron, no porque se deshecharan en absoluto dichas ba-

ses, sinó por que se enfriaron los entusiasmos. Sin embargo la idea era salvadora. Si todas las cláusulas presentadas no eran aceptables, ¿por qué no se presentan otras por quien esto crea? En honor á la precitada Comisión he de manifestar, que el único fin que se dejó traslucir en ella, era el mejoramiento de la Fábrica sin que en esto hubiera en las discusiones que tuvieron lugar dentro de su seno, la más mínima discrepancia.

Creo que mi pluma no debe ser sospechosa para los fabricantes del Val, á quienes van dirigidas estas líneas. Ellos saben que ningún perjuicio ni beneficio pecuniario me puede reportar la marcha próspera ó decadente de su industria; y, por eso, no pueden ver en estos renglo-

nes otro deseo que el de coadyuvar á su bienestar. Esto me anima á suplicarles, que se asocien para fijar los precios en las compras; asóciense igualmente para fijar los precios en las ventas, evitando esa odiosa competencia que tanto los daña, y tomen, por fin, las medidas oportunas para que siga, como hasta aquí, en aumento la fama de la buena fabricación y se asegure el porvenir de la Fábrica. Entre estas medidas entiendo yo, que se debía adoptar una, cuya idea no hago más que apuntar; pues es de fácil realización y su tendencia se dirige á aumentar el prestigio y el porvenir de la industria de que se trata. En previsión de que la mucha demanda que hoy se nota, pudiera ser causa de que la elaboración no

fuere tan esmerada como es al presente, debería nombrarse por votación entre todos los artistas del gremio, una Junta, compuesta de individuos del mismo, que se denominase «Junta inspectora de fabricación.»

El objeto de esta Junta queda indicado en su nombre. Las atribuciones se fijarían en unos estatutos firmados por todos los asociados, para poder hacer ejecutivas las decisiones estampadas en ellos. En este documento debía figurar: la forma de constitución, renovación y número de individuos de la expresada Junta: multas ó castigos que conviniera impusiese á los descuidados en la fabricación; destino que se daría á esas multas, etc., etc.

Abrigo la esperanza, de que las

medidas manifestadas, ú otras análogas, si parecen más viables y de resultados más eficaces, se han de llevar á la práctica para curar los males apuntados y otros que se avecinan. No son por cierto, y así me complazco en consignarlo, los hijos del Val de San Lorenzo tan apáticos, que, ante el peligro que amenaza la vida de su idolatrado pueblo, se amilanen, sin prepararse á una heróica defensa. Saben muy bien que la fábrica es el elemento principal de su riqueza, y sería muy censurable el no prestar á las cuestiones que atañen á su prosperidad toda aquella atención que reclaman.

No es de esperar de la cordura de este laborioso y hospitalario pueblo que desatenderá estas sin-

ceras y amistosas indicaciones; logrando de este modo ver debidamente remunerados sus penosos trabajos y desvelos.

† † **FIN** † †